

MARÍA-CRUZ LA CHICA

NARRATIVA DE TRADICIÓN ORAL MAYA TOJOLABAL

Con la colaboración de Alejandro Curiel

Prólogo de Aurelio González

Transcriptores:

Alejandro Curiel

Ecsac Noé Hernández

María Bertha Sántiz Pérez

Adrián García

Traductores:

Alejandro Curiel y María-Cruz La Chica

INSTITUTO UNIVERSITARIO DE INVESTIGACIÓN
EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS, UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

Marcial Pons

MADRID | BARCELONA | BUENOS AIRES | SÃO PAULO

2017

ÍNDICE

	Pág.
PRÓLOGO, <i>Aurelio González</i>	11

HISTORIA DE UN ENCUENTRO CON EL ARTE VERBAL TOJOLABAL

INTRODUCCIÓN	17
I. ¿QUIÉNES SON LOS TOJOLABALES?.....	19
II. LITERATURA DE TRADICIÓN ORAL.....	25
1. Punto de encuentro entre disciplinas	25
2. Principales obras sobre narrativa de tradición oral.....	28
III. DEL CAMPO AL TEXTO: METODOLOGÍA(S)	33
1. Aspectos pragmáticos	33
2. Registro y clasificación	36
3. Transcripción	39
4. Traducción	43
IV. BREVE CARACTERIZACIÓN DE LA NARRATIVA TOJOLABAL	51
V. LA LENGUA DE LOS TOJOLABALES, <i>Alejandro Curiel</i>	53

NARRATIVA DE TRADICIÓN ORAL MAYA TOJOLABAL

I. EL ORIGEN DE LOS ANIMALES.....	61
El origen de los animales — MLC-1	61
El origen de los animales — MLC-2.....	64
El origen de los animales — MLC-3.....	65
El origen de los animales — MLC-4.....	67

	Pág.
II. EL PECADO ORIGINAL	69
El Pecado Original — MLC-5	69
El Pecado Original — MLC-6	72
III. LOS HERMANOS Y LA MIEL	75
Los hermanos y la miel — MLC-7.....	75
Los hermanos y la miel — MLC-8.....	78
IV. LOS HERMANOS RAYO	81
Los hermanos Rayo — MLC-9.....	81
Los hermanos Rayo — MLC-10.....	84
V. EL HOMBRE Y EL VIENTO	89
El hombre y el Viento — MLC-11.....	89
VI. EL HOMBRE VIENTO.....	93
El hombre Viento — MLC-12.....	93
El hombre Viento — MLC-13.....	96
VII. EL MAÍZ Y LA HORMIGA ARRIERA.....	99
El maíz y la hormiga arriera — MLC-14	99
El maíz y la hormiga arriera — MLC-15	106
El maíz y la hormiga arriera — MLC-16	107
El maíz y la hormiga arriera — MLC-17	110
El maíz y la hormiga arriera — MLC-18	114
El maíz y la hormiga arriera — MLC-19	115
El maíz y la hormiga arriera — MLC-20	116
VIII. LA MUJER / EL MAÍZ Y LA HORMIGA ARRIERA / SOMBRERÓN Y LA MULA	119
La mujer / El maíz y la hormiga arriera / Sombrerón y la mula — MLC-21 ...	119
IX. LA BOLITA DE POZOL	139
La bolita de pozol — MLC-22.....	139
La bolita de pozol — MLC-23.....	143
X. SOMBRERÓN Y LA MULA	145
Sombrerón y la mula — MLC-24	145
Sombrerón y la mula — MLC-25.....	150
Sombrerón y la mula — MLC-26.....	153
XI. SOMBRERÓN Y EL TESORO.....	161
Sombrerón y el tesoro — MLC-27	161

	Pág.
XII. JUAN HARAGÁN Y EL ZOPILOTE.....	163
Juan Haragán y el zopilote — MLC-28	163
Juan Haragán y el zopilote — MLC-29	169
Juan Haragán y el zopilote — MLC-30	176
XIII. JUAN HARAGÁN Y EL TESORO	179
Juan Haragán y el tesoro — MLC-31	179
XIV. EL CONEJO Y LA FIGURA DE CERA.....	183
El conejo y la figura de cera — MLC-32	183
El conejo y la figura de cera — MLC-33	189
XV. EL CONEJO Y EL COYOTE.....	193
El conejo y el coyote — MLC-34	193
XVI. EL TIGRE Y EL HOMBRE	201
El tigre y el hombre — MLC-35.....	201
XVII. LA TIGRESA Y EL PUEBLO SIN AGUA.....	209
La tigresa y el pueblo sin agua — MLC-36	209
XVIII. LA SAPA Y LA CONEJA.....	223
La sapa y la coneja — MLC-37	223
BIBLIOGRAFÍA	227
GLOSARIO	231

PRÓLOGO

Todas las comunidades, desde que tienen un sentido de colectividad —el cual implica señas de identidad que se reconocen como propias—, cuentan historias, y estas historias se conservan en la memoria, en esa memoria indefinida que es la memoria colectiva, que va más allá del depósito individual guiado por la simple vivencia personal. Estas historias, que todos conocen, cuentan o escuchan, no es necesario que tengan una definición de verdad: en realidad son ficciones, pero completamente válidas, pues en ellas se depositan los valores de la comunidad y se refleja su manera de vivir y de entender el mundo circundante. Estas historias son los cuentos tradicionales, textos literarios, pero también documentos de interpretación de la realidad de esa comunidad.

Por otra parte, los hombres y mujeres que cuentan hoy —como hace décadas— los cuentos tradicionales lo hacen de manera natural, con la tranquilidad del saber no aprendido, y así simplemente lo conservan en su memoria, y quienes los escuchan también lo hacen suyo, pues aunque la estética de los textos está abierta a la evolución y transformación de la vida comunitaria, los temas, motivos y tópicos que contienen esas narraciones corresponden a sus esquemas de valores, pues de lo contrario no tendría sentido que se conservaran en la memoria colectiva.

Este libro sobre *Narrativa de tradición oral maya tojolabal*, debido a María-Cruz La Chica con la colaboración de Alejandro Curiel, reconoce, por una parte, que se trata de textos literarios de una comunidad maya particular y pretende con la traducción y edición del tojolabal al castellano que el lector los conozca también en su forma particular de expresión y no solo como una anécdota o determinados temas; y por otra, que los temas, motivos narrativos, construcción de personajes, etc., corresponden a una particular visión del mundo, a un imaginario social y cultural, y por tanto son documento fehaciente de esta comunidad. La presentación de los cuentos no ha olvidado tampoco esta dimensión. Los 18 cuentos reunidos aparecen cada uno en un número variable de versiones (en total 37), característica muy importante de la literatura tradicional, pues es en la variación donde encontramos tanto la creación poética de la colectividad como la gran puerta de la refuncionalización de los textos, condición necesaria para que mantengan su vigencia.

Aunque la tojolabal es una comunidad indígena, no está aislada del ámbito nacional: su contexto y el mismo desarrollo de su lengua (como se observa

fácilmente por los criterios de transcripción y edición) implican un mecanismo cultural de contacto. En este sentido, es un hecho que el mestizaje cultural desde el siglo XVI no fue homogéneo en ningún país de Hispanoamérica debido a los diferentes grupos indígenas y a las distintas formas de la presencia española, así como a la organización productiva que se estableció. Desde luego hoy en día aún hay grupos y comunidades en los cuales el sustrato cultural de origen prehispánico es más evidente; sin embargo, en todos es clara la interacción de tradiciones que va desde los préstamos lingüísticos hasta la incorporación de motivos literarios o referentes de un contexto nacional mestizo.

Se puede decir que el conocimiento de la narrativa tradicional oral indígena de México y de otros países empezó desde el mismo siglo XVI, cuando los cronistas y frailes misioneros transcribieron alguno de los relatos que contaban los indígenas. Más adelante, durante el periodo virreinal, se siguieron registrando bastantes relatos populares, pero estos en su gran mayoría provenían de los núcleos urbanos y especialmente tomaron la forma de leyendas y relatos de acontecimientos sobrenaturales. No es hasta finales del siglo XIX cuando vuelve a aparecer el interés por la cultura popular y, dentro de esta, por los cuentos y relatos tradicionales. La antropología contemporánea ha prestado especial atención a la recolección de todo tipo de relatos, aunque a veces ha olvidado el valor literario que tienen los cuentos y los ha enfocado simplistamente como documentos probatorios de supervivencias de elementos prehispánicos y no como expresiones literarias tradicionales, vigentes hoy en día, de una amplia y rica amalgama cultural.

Los textos incluidos en el libro, producto de un trabajo de campo serio y riguroso realizado por María-Cruz La Chica con el objetivo claro de rescatar la literatura tradicional, constituyen un acervo notable, tanto por el número de temas cuentísticos como por las versiones, del patrimonio de esta comunidad maya del estado de Chiapas en México. Destacan en esta colección los relatos de personajes como «Sombrerón», probablemente el más llamativo de esta tradición, aunque con muchos puntos de contacto con otros personajes similares de otras comunidades o regiones del país. También son especialmente interesantes los personajes de «Juan Haragán» y los más cercanos al relato de origen mítico, como los «Hermanos Rayo» o el «Hombre Viento». En este sentido, los cuentos sobre el origen de los animales o, más concretamente, los que se refieren a la hormiga arriera y el maíz, implican explicaciones pertenecientes a un pensamiento próximo a lo mítico. Esta proximidad con antiguas creencias de origen oral aparece en las narraciones sobre el tigre y la tigresa o sobre la «bolita de pozol». Ejemplo de la interacción con el mundo más moderno y pertenecientes a una tradición internacional o de origen europeo son los cuentos de animales, presentes en muchos puntos de la geografía nacional, que tienen como protagonistas al coyote y al conejo (antagonismo igualmente popular en Europa, aunque con otros animales), entre los que se encuentran «El conejo y el coyote» (chichimecas, Guanajuato), «El conejo y el venado» (zoque-popoluca, Veracruz), «El tlacuache y el coyote» (zapotecos de Oaxaca) y «Oro el tramposo», cuento guarijío con el mismo tema que los del conejo y el coyote.

En esta recolección se percibe claramente que estos cuentos son una de las formas mediante las cuales los grupos originarios americanos, en este caso los

tojolabales, preservan y transmiten sus valores y costumbres. Esta literatura de tradición oral es el marco en el cual subyacen —resignificadas— lo que tal vez fueron narraciones míticas más complejas que describían extrañas cosmogonías. En estos cuentos la realidad inmediata convive con la maravilla y lo que desde una perspectiva ajena a la comunidad puede llegar a ser algo absurdo. Las narraciones también pueden implicar moralejas válidas solo en el contexto local.

El trabajo en lo literario y en lo lingüístico de *La Chica y Curiel* destaca por lo uniforme y riguroso del tratamiento lo mismo de relatos de sustrato cosmogónico o etiológico que de lo sobrenatural o lo mágico, de cuentos de animales o de costumbres. Así, la colección nos permite conocer elementos culturales relacionados con personajes extraordinarios, entidades invisibles, de prodigios, la naturaleza original de plantas y animales, de transformaciones de seres humanos, hechicería, animales con vicios y virtudes más que humanas y adaptación de creencias cristianas desde la óptica tojolabal.

Los valores de *Narrativa de tradición oral maya tojolabal* residen sobre todo en el rigor con que han sido tratados los textos, pero también en la sinceridad que se ha puesto en el acercamiento literario y lingüístico, al margen de idealizaciones del difícil mundo social y poco favorable entorno natural de la comunidad tojolabal.

En general, se puede decir que esta colección demuestra que el cuento tradicional se ha cultivado desde la antigüedad más remota, siempre caracterizado por su valor de ficción y con una función de entretenimiento que en realidad rebasa cualquier propósito didáctico deliberado, mostrando además la sorprendente identidad de los temas y los tratamientos en distintas regiones del mundo. Entretenámonos leyéndolos y, gracias al trabajo de los autores, reconstruyamos lo que sería escucharlos.

Aurelio GONZÁLEZ
El Colegio de México

**HISTORIA DE UN ENCUENTRO
CON EL ARTE VERBAL TOJOLABAL**

INTRODUCCIÓN

Este libro es fruto de mi tesis doctoral, defendida en la Universidad Complutense de Madrid, donde Ana Valenciano López de Andújar y Manuel Gutiérrez Estévez me contagiaron el amor y el respeto por la literatura de tradición oral y por la antropología, sin los cuales nunca me habría embarcado en este proyecto.

Aurelio González, profesor-investigador del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México, no solo ha escrito el prólogo de esta obra, sino que también me guio y dialogó intensamente conmigo durante su elaboración. En ella se presenta un corpus de relatos de tradición oral tojolabal que va precedido por un estudio donde se recogen algunos aspectos fundamentales sobre la forma de vida y la cultura de este grupo indígena mexicano; se lleva a cabo una aproximación teórica al concepto de «tradición oral», que es punto de encuentro entre disciplinas, y se realiza un recorrido por las principales publicaciones precedentes en el abordaje de la narrativa tradicional tojolabal. Asimismo, se describen con detalle los procesos que van desde el trabajo de campo hasta la edición de los textos, pasando por el registro y la clasificación de los mismos, la elaboración de una metodología de traducción acorde con los objetivos perseguidos, así como la disposición y anotación final del corpus. Finalmente, se apuntan algunos aspectos literarios generales característicos de este arte verbal. En la última sección del estudio, Alejandro Curiel expone algunos aspectos lingüísticos del idioma tojolabal.

El corpus se compone de 18 relatos que cuentan con diferente número de versiones cada uno, sumando en total 37. Se encuentra organizado por grupos de versiones, todas ellas denominadas con el título del relato al que pertenecen y diferenciadas entre sí por las siglas MLC (que distinguen el corpus) y el número de la versión. Los relatos están dispuestos en dos columnas (a la izquierda en tojolabal y a la derecha en castellano) y aparecen divididos en segmentos numerados que facilitan la crítica, la cita y el cotejo de la traducción propuesta, además de permitir una lectura fluida en ambos idiomas. Se incluye al final de la obra un glosario de términos pensado para lectores no familiarizados con el castellano de México.

Esta obra nunca habría existido sin la generosidad de los narradores tojolabales que quisieron compartir con vosotros, lectores, lo que guardan en su memoria. Ellos escucharon estos relatos de sus mayores, quienes los oyeron a su vez

de los suyos, y los recrearon durante generaciones en la intimidad de las tardes de lluvia, de los caminos o de los días de trabajo, lejos de los oídos extraños. Esta vez, sin embargo, compartieron sus relatos para que otros los pudiéramos conocer, estudiar y valorar. Narradores y vecinos se prestaron a suspender por un día (o a veces más) su trabajo en las milpas y me invitaron a sus casas los domingos, me dieron de comer y me alojaron bajo sus techos; nos ayudaron a organizarnos, se pusieron frente a las cámaras, superando la tensión que provoca un auditorio numeroso, y contaron con la mayor gracia posible los relatos que recordaban. Tampoco habría podido escribir esta obra sin la ayuda del sacerdote católico Ramón Castillo Aguilar, conocido como el padre Ramón, quien tras varias décadas trabajando como misionero en La Castalia, aprendió la lengua de los tojolabales y adquirió un profundo conocimiento sobre su cultura. Él no solo fue la persona que me presentó a los narradores que colaboraron conmigo, sino que me enseñó también, con su ejemplo, las más finas formas de amor y de respeto para con los habitantes de esta región chiapaneca.

Deseo expresar mi agradecimiento a las instituciones mexicanas que me recibieron en calidad de investigadora visitante, El Colegio de México y la Universidad Nacional Autónoma de México, y a los investigadores Viviane Brachet y José Alejos García, que fungieron en ellas como tutores de mis estancias. La Secretaría de Relaciones Exteriores del Gobierno de México y la Fundación Mascareñas financiaron durante varios años la investigación que sustenta los resultados aquí presentados. Agradezco al profesor e investigador Pedro Pérez Herrero, director del Instituto Universitario de Investigación en Estudios Latinoamericanos (IELAT) de la Universidad de Alcalá, que haya hecho posible su publicación.

Agradezco enormemente la colaboración de Ecsac Noé Hernández, Adrián García y María Bertha Sántiz Pérez, hablantes nativos de tojolabal, por haber llevado a cabo la transcripción de estos relatos durante días de trabajo paciente y minucioso. Deseo expresar un agradecimiento especial a Alejandro Curiel por su colaboración, que consistió no solo en transcribir y revisar todas las transcripciones, sino también en efectuar la primera traducción literal de los textos sobre la cual elaboré la versión que aquí se presenta y escribir la descripción de la lengua tojolabal ya mencionada que constituye la última sección del estudio preliminar.

Asimismo, la Misión de Guadalupe como institución y su coordinador, Juan Carlos Robles Gil, me ayudaron en la realización de este proyecto, pues me brindaron un centro de estudio y un hogar. Quedan por mencionar otras muchas personas cruciales para la conclusión del trabajo, pero solo puedo nombrar aquí a algunas de ellas: Nadine Vinot, María Elena Fernández, María Elena Hernández, Jesús Hernández, Malena, Chepe, Catalina Damián, María de la Luz Alcázar, Carlos Sola Ayape, Louanna Furbee-Lose y Sarah Minter.

I

¿QUIÉNES SON LOS TOJOLABALES?

Tojolwinik, «hombres cabales»¹, es la palabra con la que se denominan a sí mismos los tojolabales. *Toj* significa «recto» en sentido literal y metafórico-moral (Lenkersdorf, 2010: I, 568-570) y *winik* significa «hombre», «varón» y «veinte», número de dedos de las personas y unidad del sistema numérico vigesimal (Lenkersdorf, 2010: I, 400).

México cuenta con 104.781.265 habitantes, de los cuales 6.913.362 hablan alguna lengua indígena, lo que supone un 6,5 % de la población total (INEGI, 2011), y ocupa el sexto lugar de los países de Latinoamérica con más población indígena en una lista encabezada por Bolivia y Guatemala (López, 2009: I, 68). Sin embargo, en proporción con el número total de indígenas que hoy vive en América Latina, México ocupa el primer lugar, pues el 23,4 % de la población indígena latinoamericana es mexicana (López, 2009: I, 68). Dentro de sus fronteras hay 68 agrupaciones lingüísticas diferentes (Instituto Nacional de Lenguas Indígenas, 2008: 38), cifra superada en el ámbito latinoamericano por Brasil (241) y Colombia (83) (López, 2009: I, 68).

Los tojolabales habitan en el sureste del estado de Chiapas (México), en una extensión aproximada de 6.000 km² (López Moya, 2010: 43). El estado de Chiapas ocupa el tercer lugar en el país con más población indígena (27,3 %), superada por Oaxaca (33,7 %) y Yucatán (29,5 %). Según el censo de 2010, son 53.607 los hablantes de tojolabal (INEGI, 2011). No obstante, en las encuestas oficiales, debido a la situación de marginalidad en la que viven los indígenas del país, en numerosos casos los entrevistados niegan saber alguna lengua indoamericana o nunca llegan a ser entrevistados debido al aislamiento geográfico de algunas de sus comunidades. Por este motivo, algunos investigadores estiman en 80.000 los hablantes reales de tojolabal (López Moya, 2010: 44). Si tenemos en cuenta que ocho de cada diez indígenas están en el nivel de pobreza en México según el FMI y el BM (González Amador, 2011) y que el estado de Chiapas es uno de los que más población indígena concentra, no es de extrañar que en 2012 un 74,7 % de su población estuviera en situación de pobreza, del cual un 32,2 % fuera pobreza extrema (Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social, 2012).

¹ Utilizamos la traducción que adopta Martín de la Cruz LÓPEZ MOYA (2010).

Los tojolabales son parte del área cultural conocida como «Mesoamérica» en la que también se encuentran muchos otros grupos etnolingüísticos con los que comparten numerosos rasgos culturales. En la actualidad, como en el caso de la mayor parte de los indígenas mesoamericanos, la economía de los tojolabales está basada en la agricultura: el maíz, el frijol y la calabaza conforman la base de su dieta, complementada con frutas y con otras hortalizas como el chile y el tomate (Fábregas Puig, 1995: 11-36).

La población tojolabal se distribuye entre los municipios de Las Margaritas (79,5 %), Altamirano (13,2 %), Comitán de Domínguez (4,8 %), Maravilla Tenejapa (0,88 %), La Independencia (0,37 %), La Trinitaria (0,36 %) y Ocosingo (0,25 %) (INEGI, 2011). Teniendo en cuenta estos municipios, Hadlyyn Cuadrillero Olivos (2006: 6-11) diferencia tres «microrregiones»: los valles margariteños, las tierras frías de Altamirano y la selva. La zona de los valles margariteños ha sido habitada por los tojolabales desde tiempos prehispánicos. Las Margaritas y Comitán de Domínguez, los núcleos más importantes de esta microrregión, reciben a tojolabales que llegan en busca de trabajo asalariado o para vender parte de su cosecha en los mercados. En las tierras frías de Altamirano hay superficies montañosas relativamente altas que dificultan la agricultura, por lo que existe una actividad ganadera más fuerte que en otras zonas. En la zona de la selva el cultivo principal es el café, y su comercialización ha mejorado la economía de los tojolabales, aunque se ve limitada por la falta de medios de transporte y comunicación.

La cosmovisión de los tojolabales es en la actualidad el resultado de una amalgama cultural. En ella confluyen elementos prehispánicos (a su vez, también fruto de otra amalgama cultural), elementos católicos y elementos genuinamente mexicanos. Para los tojolabales, en lo alto del cielo se encuentra Dios, también llamado *Ajwaltik*, «Nuestro Señor» (Ruz, 1981-1986: II, 51). Según los relatos que conforman esta obra, Dios mandó un castigo a la tierra para acabar con los «primeros cristianos», haciendo que cayera sobre ellos «ceniza caliente». Algunos se escondieron en cuevas y sobrevivieron, pero salieron convertidos en animales: así explican el origen de ciertos animales como los monos, que tanto se parecen a los hombres. Dios también los ayudó a encontrar su alimento principal, el maíz, con la ayuda de la hormiga arriera, que condujo a los primeros hombres hasta el interior de una cueva.

En el subsuelo se encuentra el mundo de *Pukuj*, también llamado «El Sombrerón», una imagen del Diablo que se aparece a caballo y vestido de charro, y que está presente en la tradición oral de muchas zonas de México y, al menos, también de Guatemala. Cuando pregunté a los narradores por «el cuento de *Pukuj*, de Sombrerón», me explicaron que «es muy delicado nombrarlo» porque «hay veces que verdaderamente lo podrías ver», es decir, que se lo invoca al decir su nombre. Esta es la razón, suponemos, por la que en los relatos que aquí presentamos se suelen referir a él como *jun niwan jnal*, «un enorme ladino», o *ja njal*, «el ladino», el mestizo. Algunas de sus funciones y algunos de los elementos que le son característicos lo convierten en una representación literaria de la figura del terrateniente, al que muchos tojolabales estuvieron sometidos en la época del baldío. Él es dueño del inframundo, el mundo de la

muerte, lugar al que se accede a través de las cuevas, en la naturaleza alejada del ámbito doméstico². En el Otro Mundo se comen garrapatas en vez de frijoles, heces de caballo en vez de galletas y pus de animal en lugar de pozol; hay un llano en lugar de milpas; y se hace fuego con huesos de caballos muertos y no con madera.

Hay una serie de personajes mágicos que habitan en el mundo de los hombres. Algunos de ellos, como la Llorona, no son exclusivos de la tradición tojolabal, sino que están presentes en otras tradiciones indígenas y en el mundo mestizo. Entre los tojolabales también se habla del *K'akchoj* (león/tigre de fuego). Un informante mestizo de la región de Comitán me refirió la historia que una vez le ocurrió cuando salía con su compadre de una comunidad llamada La Independencia. Ambos estaban «bolos», que así se denomina en el castellano de la zona el estado de embriaguez, y caminaron un rato por el sendero en medio de la noche. De repente, se encontraron rodeados por el «león de fuego» que giraba a su alrededor. Cuando se dieron cuenta, ambos aparecieron de nuevo a la salida de la comunidad desde la que habían partido hacía ya tiempo, como si no hubieran avanzado nada³.

También pueden escucharse historias de otro personaje, el *Pajkintaj*. Según Ruz, este personaje es la mujer del dueño del inframundo, que suele aparecer en los caminos sentada peinándose los cabellos y llama a los hombres para perderlos o extraviarlos (Ruz, 1981-1986: II, 63). Durante mi trabajo de campo, tres informantes me refirieron dos historias y una descripción sobre este personaje. El primer caso del que tuve noticia me lo relató un informante varón, mestizo, nacido en Comitán y mayor de sesenta años, el mismo que me habló del *K'akchoj*. Él me dijo que una vez fue a buscar miel con algunos tojolabales de la colonia Lomantán y los acompañó un niño de ocho años. Caminaron por el monte y, cuando encontraron la miel, buscaron al niño (que era el que llevaba los instrumentos para sacarla) y había desaparecido. Estuvieron buscándolo y finalmente lo encontraron a dos kilómetros de allí, dentro de un hoyo. El niño les refirió que un «muchachito» lo llevó «de la mano» y «ya no regresó»⁴. El segundo caso del que tuve noticia fue narrado por una mujer mestiza, nacida en el centro del país y residente en Comitán, de entre cincuenta y sesenta años. Ella me contó que «se le apareció *Pajkintaj*, que es un niño que se presenta en las casas a armar desastre. Desordena y tira todo por los suelos. Lo vio fuera de la casa»⁵. Un informante de unos veintitrés años, hablante nativo de tojolabal y vecino de la comunidad Francisco I. Madero, me dijo que el *Pajkintaj* a veces se aparece en las casas de su comunidad y se lo conoce porque está desnudo. Según él, este personaje se dedica a desordenarlo todo⁶.

En esta parte del mundo también habitan seres humanos con capacidades sobrenaturales como los «vivos», «seres que han recibido de Dios poderes espe-

² Para más información sobre este personaje, véase María-Cruz LA CHICA (2015b: 383-408).

³ María-Cruz LA CHICA, «Diario de campo: Guadalupe Victoria», 20 de abril de 2013.

⁴ *Ibid.*

⁵ *Ibid.*, 14 de abril de 2014.

⁶ *Ibid.*

ciales» (Ruz, 1981-1986: II, 56) y que pueden utilizar para hacer el bien, entretenerse o hacer el mal si se han asociado con seres del inframundo. A este grupo pertenecen, por ejemplo, los hombres Rayo o el hombre Viento, que aparecen como personajes en varios de los relatos que aquí presentamos. Según los textos, estos vivos tienen la capacidad de controlar los fenómenos meteorológicos, por lo que han de ser de enorme importancia para las comunidades de las que forman parte.

Aunque la religión católica sigue siendo mayoritaria, las Iglesias protestantes y evangélicas tienen también presencia en la zona. Un tercer grupo es el de los «tradicionalistas» o «costumbristas», quienes no reconocen la autoridad de ninguna Iglesia, ni católica ni protestante, pese a que muchas de sus prácticas tienen su origen en el catolicismo (Viqueira, 2002: 178). En la actualidad, la diferencia religiosa es motivo de conflicto en algunas comunidades indígenas, y una de las consecuencias más habituales ha sido la expulsión de algunos vecinos de sus comunidades.

Las comunidades tojolabales mantienen relación con el Estado mediante dos estructuras: el municipio y el ejido, forma «institucionalizada de posesión de la tierra, que consiste en que el gobierno da en propiedad un terreno a un grupo de personas para que lo trabajen y obtengan los beneficios de su explotación»⁷. Desde finales del siglo XIX hasta mediados del siglo XX los tojolabales vivieron lo que se conoce como «época del baldío»: se vieron obligados a vivir dentro de las fincas ofreciendo su trabajo «de balde» al terrateniente a cambio de la simple permanencia en ellas o por un escasísimo salario. En esta época era un consejo de cinco ancianos (los «prencipales») el que ejercía la autoridad local y dirimía los problemas comunes suscitados por riñas o adulterios. Lo concerniente a la tierra quedaba en manos del patrón, que era la máxima autoridad. Una vez terminado el baldío, la autoridad principal de cada ejido pasó a estar representada por el comisario ejidal, elegido por asamblea comunal por un periodo de tres años, para cuyo desempeño cuenta con la ayuda de un secretario, un tesorero y un consejo de vigilancia, elegidos también por asamblea. En la actualidad, la asamblea comunal es el órgano más importante de organización porque de ella depende la última palabra en las decisiones de ámbito local tanto de la esfera pública, como, a veces, de la privada. Sin embargo, todavía es escasa la presencia de mujeres en las asambleas y en algunos casos sigue siendo un espacio exclusivo de los hombres (Ruz, 1981-1986: II, 192-199).

La comunidad representa una gran estructura con la que se tienen compromisos y obligaciones y a la que también se puede solicitar ayuda. Hay una serie de actividades en las que todos deben colaborar, ya sean laborales o lúdicas. El individuo que no coopere, «además de ser socialmente reprobado, no podrá participar de algunas “prerrogativas” comunales» (Ruz, 1981-1986: II, 200). La estructura de apoyo que supone la comunidad tiene como contraparte una fuerza de control que, en muchas ocasiones, se impone sobre la libertad individual: «si alguna familia decidiera, por ejemplo, desposar a su hija con un extranjero,

⁷ «Ejido», en *Diccionario del Español de México* (consultado en línea el 17 de julio de 2015: <http://dem.colmex.mx>).

la comunidad podría vetar su salida y, en este caso, la decisión tendría que ser respetada» (Ruz, 1981-1986: II, 128):

Una colectividad puede definirse como comunidad cuando sus miembros actúan recíprocamente y respecto de otros no pertenecientes a la misma colectividad, anteponiendo más o menos conscientemente los valores, las normas, las costumbres, los intereses de la colectividad, considerada como un todo, a los personales o del propio subgrupo o de otras colectividades [...]. Esto no excluye la presencia de conflictos dentro de la colectividad considerada, ni formas de poder o de dominio⁸.

Como es de esperar en comunidades con una economía de escaso excedente, en las tojolabales las relaciones comunitarias tienden mucho más a la cooperación que a la competición, a lo redistributivo que a lo acumulativo, lo cual no quiere decir que esta segunda forma de relación sea inexistente. Hemos de advertir, no obstante, la enorme complejidad de la que participan las comunidades tojolabales, pues en ellas ya intervienen instituciones que las obligan a interactuar con el «exterior» en diferentes niveles: partidos políticos (que relacionan las comunidades con los municipios y el Estado), organizaciones campesinas (que las relacionan entre sí), organizaciones religiosas, instituciones educativas, asociaciones civiles, etcétera.

El matrimonio es para los tojolabales uno de los ritos más importantes de su vida. Un hombre o una mujer están completos solo cuando contraen matrimonio y tienen hijos. A los que se mantienen solteros de por vida se los llama, no sin cierta picardía, «niños viejos» (Ruz, 1981-1986: II, 117). La petición de matrimonio presenta hoy en día muchas modalidades y es cada vez más frecuente el matrimonio por la Iglesia católica, ya que supone mucho menos gasto que el matrimonio tojolabal tradicional (Gómez Hernández, 2002).

Las familias tojolabales pueden ser *nucleares*, conformadas por la madre, el padre y los hijos, o *extensas*, que incluyen a los abuelos por ambas partes, tíos, sobrinos, primos y nietos. Normalmente, cuando se casa, la esposa se va a vivir al hogar de los padres del cónyuge, donde ayuda y trabaja hasta que puedan independizarse. Si a lo largo del matrimonio surgiera algún conflicto entre las familias, la esposa tendría que apoyar a la familia de su esposo por encima de sus parientes consanguíneos, y durante su estancia en la casa de sus parientes políticos está supeditada a ellos. Por lo general es el menor de todos los hermanos el que permanece con los padres para cuidarlos en su vejez y suele quedarse con la casa a la muerte de ambos. Sin embargo, en la actualidad hay muchos cambios que comienzan a introducirse en este sentido, incluso en las familias de comunidades tradicionalistas (Ruz, 1981-1986: II, 170).

La jerarquía se establece entre los tojolabales en función del género y la edad, dentro de un sistema patriarcal. En el interior de la familia, cada miembro se define en función de otro con arreglo a la edad: el mayor tiene autoridad sobre el menor. El trabajo suele dividirse en función del sexo: los hombres se ocupan de los asuntos de fuera de la casa, mientras que es en esta donde las mujeres tienen su campo de mando. El principal asunto de fuera es el trabajo de la tierra, por lo

⁸ «Comunidad», en Luciano GALLINO (2008: 193-194).

general, el cultivo del maíz y la calabaza, pero con grandes variantes en el caso de climas selváticos, en los que se cultiva también café y plátano. Dentro de la casa, la mujer es la que cuida del ganado y del pequeño huerto de la vivienda, saliendo en ocasiones a vender productos en el mercado de la cabecera municipal o ayudando en el trabajo de la milpa o alguna otra labor esporádica (Ruz, 1981-1986: II, 151-165; 170-176).